

Europa 2030: retos científicos y tecnológicos

ÁNGEL FERRÁNDEZ IZQUIERDO

La actual crisis mundial, con tres años de duro correctivo, ha evidenciado los puntos débiles de la Unión Europea y ha sembrado de dudas, más aún si cabe, las políticas de la Comisión. A la vista del estrepitoso fracaso generalizado, y tratando de simplificarlo en un vano intento de silenciar responsabilidades, la alta clase política acomodada en Bruselas se ha lanzado a buscar las soluciones en dos paquetes que abarcan sendas décadas venideras.

El primero de ellos, la Estrategia Europa 2020, que ya trajimos a este foro, busca una reactivación armónica de las economías nacionales basada en un crecimiento inteligente, sostenible e integrador. El segundo surge del Consejo Europeo de diciembre de 2007, encargado a un grupo independiente de "sabios", denominado Grupo de Reflexión sobre el Futuro de Europa, presidido por D. Felipe González Márquez,. El cometido era muy claro: identificar las dificultades a las que se enfrentará Europa en un futuro próximo, digamos hasta 2030, y dar recetas para superarlas.

El grupo tenía que entregar sus pesquisas a lo largo de junio de 2010, fecha que respetó escrupulosamente, pues el sábado 8 de mayo, a las 13:30, don Felipe entregó al Sr. Van Rompuy el informe titulado "Proyecto Europa 2030: retos y oportunidades", del que pasamos a comentar los asuntos relacionados con la ciencia y la tecnología.

Comienza el Sr. González con una frase estremecedora: "Lo que vemos no es tranquilizador para la Unión y sus ciudadanos", fiel reflejo de los achaques que sufre el viejo continente. A los ciudadanos europeos les cuesta encontrar respuestas a sus problemas en la UE y están asimilando la idea de que los niños de hoy van a vivir peor que sus padres. Continúa D. Felipe: "El proyecto europeo ha de ser sobre todo el proyecto de los ciudadanos, quienes tienen claro, a veces más que sus líderes, que a la UE y a cada uno de sus países les conviene ganar relevancia y eficacia hablando con una sola voz identificable con los intereses comunes en todas las materias que les afectan."

La economía de la UE, muy irregular, pero basada en una innovación y una creatividad de vanguardia creada y mantenida desde la Europa del norte, ha perdido gas frente a otras regiones con mayores niveles de inversión en investigación, desarrollo tecnológico e innovación. Las industrias y servicios basados en el conocimiento han proliferado en las dos últimas décadas, convirtiéndose en los pilares centrales del empleo y del dinamismo económico europeo. La inteligencia, la innovación y la creatividad son los criterios de referencia y el seguro de la futura prosperidad europea. Vivimos en un mundo que demanda no sólo productos y mercados de alto valor, sino también, cada vez más, capacidades de alto valor.

Europa se está quedando atrás en la carrera de las capacidades, pues con las tendencias de inversión actuales, en 2025 Asia podría ser la vanguardia de los descubrimientos científicos y tecnológicos, a expensas de la UE y EEUU. Para entonces, un millón de estudiantes chinos e indios estudiarán en el extranjero, retornando talento y experiencia. Mientras, es insignificante el número de estudiantes europeos que estudian fuera de Europa. En la educación superior, la UE también se queda atrás, con sólo 27 universidades entre las 100 mejores del mundo, en comparación con 57 de EEUU.

Tras la utopía de la sociedad del conocimiento, la UE debería buscar la excelencia en todas las etapas del proceso educativo, mejorar continuamente las capacidades de sus ciudadanos conforme a las necesidades, y crear un entorno favorable a la investigación, la creatividad y la innovación. Hay que luchar con decisión contra los sistemas universitarios

caracterizados por el clientelismo y el corporativismo. La UE ha optado por una universidad más enfocada a la economía real, tanto europea como del resto del mundo, en un disparatado proceso -léase Tratado de Bolonia- orientado a facilitar a los titulados las competencias que demanda el sector industrial. Pero ha obviado que la insufrible burocracia acabará estrangulando las buenas intenciones.

A pesar de los numerosos llamamientos para incrementar sustancialmente el gasto en I+D, en la última década el gasto de la UE sigue siendo del 1,8% del PIB, muy lejos del eternamente anhelado 3%. Hay que repensar los presupuestos y lograr una mayor financiación del sector privado. Deben desarrollarse centros de investigación aplicada precompetitiva, auspiciados por el Consejo Europeo de Investigación, pero siempre con la excelencia como premisa básica para la contratación y la concesión de ayudas públicas. Recomienda el informe la creación de "polos europeos de excelencia", asegurándose de que tal proceso de concentración no origine la aparición de "desiertos intelectuales".

Se trata de un magnífico informe, muy real y que llama a las cosas por su nombre, poniendo énfasis en dos aspectos esenciales. Uno, la necesidad de "un liderazgo claro y resuelto", como el caso reciente de Alemania para atajar los dispendios de Grecia y España. Y dos, para que la UE sea alguien en el contexto mundial, "tendrá que poner la solidaridad en el centro del proyecto europeo, la cual no es un derecho sin condiciones".

Mientras las naciones europeas buscan la unión, España, como suele ser habitual, va más lenta y en la dirección contraria, con 17 "realidades nacionales" -el sintagma más estúpido jamás escuchado- endeudadas hasta las pestañas, pero con traducción simultánea en el parlamento nacional y con embajadas propias, algunas.